

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

OR

La Novela Semanal Cinematográfica



LA OCTAVA MUJER
DE BARBA - AZUL

CON
Gloria Swanson
Huntly Gordon
etc.

50 cts.



WOOD, Sam



BIBLIOTECA
Los Grandes Films.
 DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
 DIRECTION FRANCISCO-MARIA SISAYOS
 Gran Via Layetana 12 - BARCELONA - Telefono 4423 A.

Bluebeard's Eighth Wife
La octava esposa de Barba-Azul

Adaptación cinematográfica de la conocida
 comedia francesa de ALFRED SAVOIR,
 interpretada por la genial

GLORIA SWANSON ✓
 y el dotabilísimo actor

HUNTLEY GORDON ✓

*
 PARAMOUNT ESPECIAL
 *

EXCLUSIVA
 DE
 SELECCINE, S. A.

(1923)

La octava esposa de Barba-Azul

ARGUMENTO DE LA PELICULA

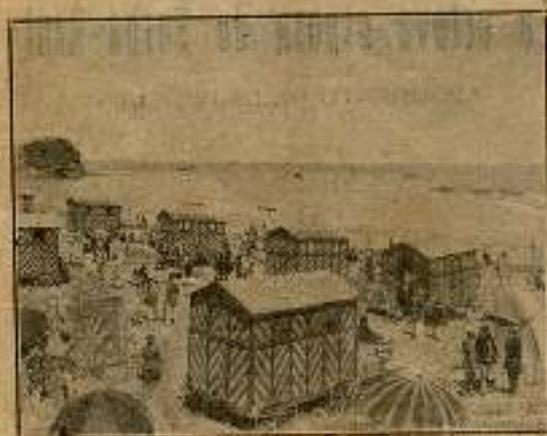
*Prohibida la
reproducción
Reservada por
la censura*

En estos días, casarse es como echarse de cabeza al mar... Algunos se zambullen sin titubear; otros contemplan el agua temblando... Hay quien se contenta con una sola inmersión y quien estaría siempre metido en el agua.

En una playa de moda del Mediterráneo, a la que suelen acudir todos los veranos los más rancios aristócratas y los menos escrupulosos cazadores de dotes, pasan temporada el marqués de Briac y su familia.

Este noble tuvo, en tiempo desaparecido, enorme caudal; pero ahora se ve reducido

a hacer equilibrios para disimular su ruina. No le queda otra cosa que el orgullo de su estirpe... y pergaminos.



En una playa de moda del Mediterráneo...

A pesar de su precaria situación, el Marqués vive a lo grande, sin reparar en gastos ni en préstamos...

Tiene dos hijas: Luciana y Monna, mayor y menor, respectivamente.

El sueño de toda su vida ha sido casar a las bellas muchachas nada menos que con Duques o Príncipes de sólida fortuna, como

Sin embargo, su ilusión, hasta ahora, ha sido una pompa de jabón.

Es triste confesarlo, pero Luciana se ha casado recientemente con un partido que ha "partido" al Marqués más de lo que ya estaba.

En efecto, lord Enrique Seville, el esposo de la mayor de sus hijas, no ha traído al matrimonio otros bienes que tantos pergaminos, antepasados ilustres... y deudas, como su suegro... sin olvidarse de su invencible soberbia.

A pesar de su escasez de dinero, el Marqués no ha renunciado a sus costumbres, y se presenta en todas partes como si los demás no le llegasen siquiera a la suela de su zapato.

Entre los más reputados hoteles de la favorecida playa, el Grimaldi es el que sobresale por su suntuosidad... y costo de la pensión.

Pues bien; el Marqués ocupa con sus dos hijas y su distinguido pero pelado yerno, las mejores habitaciones del principal, con tribuna mirando al mar.

Una de las calurosas mañanas el Marqués, hojeando el periódico, comenta con su hija Luciana un artículo trascendental,

—¿Qué te parece? El diputado Legros acaba de presentar un proyecto para aumentar el impuesto sobre las rentas.

Es evidente que la idea del parlamentario ha indignado al apurado noble; y Luciana, que no sabe engañarse a sí misma, le contesta:

—¿Por qué te preocupas, papá? ¡Esa ley no reza contigo, porque tú no tienes renta!

Es cierto lo que dice la sensata joven, pero el Marqués habría preferido encontrar en ella un confidente piadoso de sus quebraderos de cabeza en lugar de una partidaria de la amarga realidad...

La llegada al salón de lord Seville interrumpe la plática financiera.

El marido de Luciana, una percha inhábil para soportar peso, no ha renunciado aún a su pereza de siempre, olvidándose de su desastrosa ruina y esperando que caiga una lluvia de oro para restaurar sus blasones, enmohécidos por el desuso.

El Marqués y el Lord no son muy amigos, por cuanto uno y otro valen, al peso, lo mismo; pero se soportan, aunque de vez en cuando se pongan serios...

Desentumeciendo todavía sus miembros

con una serie nada agradable de ejercicios y gestos, el Lord da los buenos días a su esposa y a su suegro; y añade, doliéndose de su sino:

—¡Qué molesto es tener que levantarse para tomar el desayuno! Estaba pensando que...

Luciana levanta la vista del *magazine* que lee, y ataja a su compañero:

—¿Es posible que tú estuvieses pensando?

La interrupción no equivale precisamente a un piropo, pero como "palabras blancas" no ofenden, el "pollo sin plumas" esconde las "alas".

Si nos detenemos unos momentos a contemplar a los tres personajes que ya conocemos, entregados a la lectura con la mayor tranquilidad, no podremos negar que tienen apariencia de gente admirada, capaz de sorprender la buena fe de cualquier amistad circunstancial...

No obstante, había alguien en el hotel que no ignoraba la verdadera situación de esa familia nobiliaria.

Ese era... el dueño, quien, harto ya de demoras en el pago de la pensión, ha tomado una determinación.

Presentándose de improviso ante el Marqués, le dice, delante de su hija y su yerno:

—Señor Marqués, siento mucho tener que decirle que me veo obligado a disponer de sus habitaciones.

—¿Eh? ¿Qué ha dicho usted? ¿Cómo se atreve?... — protesta nerviosamente el prócer.

—No es porque no pague usted por lo que le pido que las desocupe, sino porque *mister* Brandon, un yanqui multimillonario, acaba de llegar y desea estas habitaciones.

El Marqués tiene palabras para quejarse, pero le falta lo indispensable para ser atendido: el dinero para liquidar cuentas y asegurar futuros pagos.

La indignación que ha descargado en el propietario, ha amilanado un tanto a éste, pero no es menos cierto que el despido subsiste, con protestas o sin ellas.

He aquí un tropiezo con el que nadie había contado.

La nueva valla que se levanta en el incierto camino de los arruinados, sume a éstos en profunda meditación.

El Loed tiene cara de tomo; pero no lo es tanto como lo parece, pues acaba de

ocurrírsele una idea estupenda, la cual expone, exclamando:

—¡Qué excelente partido para Monna ese millonario americano!

El Marqués abre los ojos, pero para censurar a su yerno con mayor efecto, su tontería.

—No podemos pensar en eso... — le dice — Monna no quiera nunca casarse sino con un hombre a quien quiera... sea millonario o no lo sea.

Tras esta declaración vuelve la inquietud...

Entretanto, Monna de Briac, la hija menor del Marqués, que tiene ideas propias acerca del amor, del matrimonio y de muchas otras cosas, surca las quietas aguas marinas con su cuerpo esbelto y refinado. Finísimo *maillot* pone un velo a sus bellezas ocultas, y miles de ojos la contemplan siempre a su paso por la caldeada arena antes y después de quitarse el albornoz. En el agua, que se perfuma a su contacto, son legión los "peces" de todos colores que le hacen escolta.

Esa misma mañana, Juan Brandon, el millonario aludido por el propietario del Hotel Grimaldi, pesca a poca distancia de

la playa, con caña, desde una barca, acompañado de su secretario y del barquero.

De pronto el anzuelo, al hundirse bruscamente, acusa la presencia de un pez, y al intentar sacarlo del agua, ocurre que Monna, nadando cerca de la zona elegida por el improvisado pescador, siente en su brazo el hilo de la caña. Al intentar desprenderse de ese hilo, sólo logra aprisionar mayormente su brazo con nuevas vueltas, y su nerviosismo crece por momentos.

El secretario, viendo los esfuerzos que hace el millonario para que Monna no pueda tener tiempo de librarse de su presa, murmura al oído del barquero, que presencia la escena con regocijo:

—¡El señor Brandon no deja nunca de conseguir lo que desea!

Casi al mismo tiempo que el hombre de confianza pronuncia esas palabras, Brandon se apunta la victoria sobre Monna, pues ésta no puede menos de obedecer a la presión que el millonario ejerce en la caña para que ella se acerque a la barca.

Al lograr su intento, Brandon, descubriéndose con galantería, y verdaderamente admirado de Monna, le envía un afectuoso saludo, y le dice, sonriéndole:

—Señorita, con muchísimo gusto cambio esta sirena por el pez que se me ha escapado.

El hilo flota sobre el agua; es decir, Brandon no tira ya del mismo, distraído como está hablando con Monna; y ésta puede, con facilidad, libertar su muñeca, al conseguir lo cual, le dice al millonario, con desenfado:

—¡Pues se va usted a quedar sin el pez y sin la sirena! ¡Otra vez le deseo a usted más suerte!

Luego, con excelente estilo, se aleja paralelamente a la playa, dejando lleno de curiosidad a Brandon.

El incidente ha sido muy agradable para el millonario y ¿a qué negarlo? para Monna, que ha tenido también la satisfacción de vencer, a su vez, al atrevido pescador...

Mientras ella se aleja con rapidez, Brandon, no perdiéndola de vista, se dirige a su secretario y le ordena:

—Averigüe usted quién es esa señorita.

Le interesa saber todo lo que a ella se refiere. Le gustaría volver a verla. La vería.

* * *

Brandon espera con impaciencia el resultado de las investigaciones de su secretario acerca de la sirena que ha conocido por la mañana.

Entretanto, el secretario no pierde el tiempo.

Monna, ajena al interés que demuestra hacia ella el millonario, se dedica a sus deportes favoritos, uno de ellos el ciclismo.

Alberto Marceau, un pariente lejano de los Briac, cuyas pretensiones amorosas son motivo de diversión para Monna y su familia, ha sido su acompañante, por voluntad propia; y al regresar del paseo, en el que ella se le ha distanciado para no oírle sus sempiternos sermones, se decide a instarla por milésima vez a quererle.

—Monna, ¿por qué te empeñas en atormentarme? ¿Por qué no quieres decirme que me quieres?

Monna se pone seria, antojándosele al galán que ello es debido a la emoción que le ha causado la noticia, y alegrándose anti-

cipadamente de la respuesta afirmativa que supone que ella va a darle.



alegrándose anticipadamente de la respuesta afirmativa que supone que ella va a darle.

A poco Monna le contesta.

—Sí, Alberto... — le dice — te quiero...

—¡Oh, Monna!

—...para jugar al tenis—termina riéndose y alejándose a todo correr.

El secretario de Brandon ha reunido ya bastantes detalles concernientes a Monna, y se los lleva a su jefe.

El hecho de que la bella sirena sea de distinguida pero arruinada familia, le satisface, más lo segundo que lo primero, pues lo que le place en Monna es la mujer que ella es. Le gustaría lo mismo sin títulos y con un nombre humilde.

El resultado de las pesquisas practicadas por su secretario le deja sumamente satisfecho, y parece que le hayan injertado savia de buen humor.

Basándose en la inequívoca impresión que Monna le ha causado por la mañana, el millonario se resuelve a poner en práctica, sin dilación alguna, una idea que se le ocurrió al ver por primera vez a Monna.

Consultándose consigo mismo, llega a las habitaciones del marqués de Briac, al que se hace anunciar sin que nadie le conozca.

Sorprendido por la petición de entrevista que le manda hacer por un criado el millonario, el Marqués exclama delante de Luciana y su marido:

—¡El millonario Brandon quiere verme! ¿Qué querrá de mí?

Los tres cambian rápidas miradas. Tienen el mismo temor. Dice el Lord:

—¡Ese insolente millonario querrá echarnos de estas habitaciones!

El Marqués ha estado pensando en otras cosas, y comenta:

—Tal vez me quiere para algo peor que eso... Es posible que alguna de mis deudas haya caído en sus manos y ahora me viene a exigir el pago.

De resultar cierta la sospecha del Marqués, la situación sería peor para todos.

No habiendo más remedio que recibir al ricacho, el señor de Briac indica a su hija y al Lord que se escondan en la habitación contigua, para que puedan escuchar la conversación que él va a sostener con el millonario, y ordena al criado que introduzca al yanqui en el salón.

En el jardín, Alberto, habiendo alcanzado nuevamente a Monna, le habla con melancolía, comprendiendo mal el desvío de su prima respecto a él:

—Monna, dime... ¿te casarías conmigo si no fuese pobre?

Ella no ha de preparar la respuesta.

—Si le quisiese—le dice afectuosamente—, me casaría con el hombre más pobre del mundo...

Estas palabras dan a entender clara-

mente a Alberto que jamás Monna será para él, y como su pesar es hondo, y lo demuestra, ella añade, dándole unas palmaditas en el hombro:

—Alberto, aunque no me case contigo, seré siempre una hermana para ti.

El millonario es recibido en estos momentos por el Marqués.

Muy ceremonioso, el noble invita a su visitante a que le exponga el motivo de su presencia en sus aposentos, y el millonario, como puro americano, va recto al asunto que tiene que tratar con él.

—¿Tendría usted algún inconveniente en ser mi suegro?—le pregunta con maravillosa serenidad.

El Marqués por poco se cae de espaldas, y después de mirar y remirar al yanqui, le contesta no disimulando su sorpresa:

—¡Caballero!... ¡Usted me está dando una broma...!

Brandon niega con la cabeza, y añade pausadamente:

—El matrimonio es una cosa muy seria para andarse con bromas... Yo digo por experiencia...

El aristócrata arruinado cree estar soñando. No hay para menos. Resultale, por

tanto, muy difícil convencerse de que el millonario a que antes aludió con su familia está allí, en su presencia, hablándole precisamente de lo que todos estaban deseando.

Recobrándose paulatinamente de la brusca impresión recibida, se identifica al propio tiempo con el carácter del yanqui, y para hablar mejor se lo lleva hacia la tribuna.

Monna acaba de egresar a su casa, y al entrar en sus habitaciones, para cambiarse de ropa, se asoma al balcón y ve, sin ser vista, a Brandon hablando con su padre.

La presencia allí del millonario, le causa sorpresa. ¿Qué estarán diciendo él y su padre? Como la voz de ambos llega claramente a sus oídos, no vacila en detenerse a escuchar...

Brandon se halla como en su casa. Nada le veda manifestar lo que siente.

—Considero superfluos algunos detalles usuales en estos casos... A mí no me gusta perder el tiempo... Me gusta ir al grano—añade.

Por casualidad, Monna es descubierta en el marco del balcón de su cámara; y el

Marqués, presentándola desde la tribuna al yanqui, proporciona a éste la inmensa alegría de estrecharle la mano de balcón a balcón.

A una indicación de su padre, Monna sale de su habitación, para reunirse, en el salón, con él y el millonario, que han ido apresuradamente a esperarla allí.

—El señor Brandon se ha dignado hacernos un gran honor, hija mía—le dice sin preámbulo a Monna el Marqués—... Acaba de pedirme tu mano.

La gentil aristócrata no puede reprimir un gesto de soberbia herida, y por todo comentario, responde a su padre:

—¡Pero, papá!... ¡Si ni siquiera nos conocemos!

Brandon la envuelve en cariñosas miradas, y sin apartarse de su franqueza le dice:

—Ya tendremos tiempo de conocernos de sobra... después de casados.

El Marqués comprende que su hija no está dispuesta a tomar una determinación repentinamente, y procura arreglar el asunto.

—Creo que podemos esperar hasta ma-

ñana para que lo piense un poco...—opina, no apartando su vista de Monna.

Esta sonríe, y aproximándose a Brandon, le mide con altanería, que al yanqui se le antoja encantadora, y le formula un ruego abiertamente irónico:

—Antes de darle mi respuesta, ¿tendría usted la amabilidad de concederme tiempo para empolverarme la nariz?

Brandon no titubea: Monna le gusta extraordinariamente, y ha de ser su esposo. Lo contrario sería un desengaño insufrible.

Así, arguye:

—Sentiría mucho que lo repentino de mi proposición la hubiese molestado a usted, señorita... ¿No quiere usted creer que, en el fondo, mi rudeza oculta mucho de admiración... y mucho más de amor?

Estas palabras suenan mejor en los oídos de Monna, que no ha dejado de recordar un momento la aventurilla de la mañana, en el agua, uniendo a la misma la figura indiscutiblemente simpática del atrevido pescador con caña...

Pero como ella no contesta nada, Brandon prosigue:

—Señorita, mañana regresaré a recoger su respuesta.

Y desaparece.

El Marqués, al quedar a solas con su hija, se dispone a decidirla a que tenga en cuenta lo que vale la oferta de matrimonio de Brandon.

• Monna se rebela. ¡Qué atrevimiento del millonario pretender su mano sin haberle hablado de amor una sola vez! La contestación ya está preparada. Será negativa, por supuesto. El amor, a su entender, no debe ser nunca considerado como un negocio cualquiera.

En su oculto observatorio, en tanto, Luciana y su marido esperan febrilmente el resultado del insospechado acontecimiento.

El Marqués insiste en convencer a Monna.

—Hija, ¿no comprendes lo que tu boda significa? ¡El es rico... muy rico, y puede proporcionarte todas las cosas que han de hacerte feliz!—le dice, suplicante.

—¡Qué me importa a mí que sea rico! ¿Quieres que me case con un hombre que se me declara antes de que haya tenido tiempo de mirarle el color del pelo?—replica ella con destemplanza.

—Monna, él te ama... Si te casas con él me harás feliz, porque al menos sabré que has podido librarte de esta humillante pobreza—continúa tristemente el Marqués.

Monna le escucha en silencio... Su padre tiene razón... Por si no bastasen sus palabras, lo demuestran también sus lágrimas, a las que el buen hombre, acogotado por la necesidad, ha recurrido para que caigan en el ánimo de la joven como eficaz estimulante...

—Monna, yo sólo deseo tu felicidad... Sería terrible que la vida fuese tan ingrata para ti como lo ha sido conmigo—termina diciéndole.

Enternecida, Monna se da por vencida en su amor propio, y declara, acariciando a su viejo:

—Bueno, papá... No te apures... Me casaré con él.

—¿De veras, hija mía?... ¡Qué alegría, Monna, qué alegría me das!

Por su lado, Luciana y el Lord demuestran también su contento, y para el segundo ya brillan en lontananza las monedas de oro del yanqui...

Monna ha prometido casarse, y para justificar su consentimiento añade:

—Al fin y al cabo, papá, yo nunca he dicho que no me casaría con un hombre rico... si me gustaba.

—¿De modo que?...—dice el Marqués asombrado.

Monna sonríe y se retira a sus habitaciones.

Demostrado está que ella también irá al altar, del brazo de Brandon, con amor...

Es cierto. Poco ha sido el tiempo para conocerle, pero le había bastado verle por la mañana, cuando la "pescó", para encontrarle lleno de atractivos.

Apenas ha salido Monna del salón, Luciana y lord Seville se reúnen con su suegro, celebrando juntos el *fi curo* nuevo rumbo que va a tomar su situación.

Pero, en medio de su alegría, el Lord, que jamás ha sido portador para los suyos de una buena noticia, manifiesta a su suegro:

—¿Ya se ha enterado Monna de que ese moderno Barba-Azul se ha divorciado siete veces?

El Marqués palidece. ¿Es posible que en los tiempos modernos, a pesar de las elasticidades que se observan en la unión legal

de los mortales, se dé el caso de la leyenda?

Luciana se muestra preocupada, y coincidiendo con su pensamiento, dice el Marqués:

—¡Siete mujeres! ¡Si Monna se entera, no se casará nunca con él!

Y queda decidido, de común acuerdo, que es indispensable hacer todo lo posible por que Monna no se entere de la afición de Brandon a casarse.

Vuelta la esperanza, el Marqués, recordando la humillación que le había inferido el dueño del hotel, sale de sus habitaciones y se dirige a su encuentro.

Al alcanzarle, irguiéndose con más orgullo que nunca, le notifica:

—Dentro de unos días podrá usted disponer de nuestras habitaciones... Cuando mi hija se haya casado con *mister* Brandon.

Y huelgan comentarios acerca de la cara que pone el propietario...

* * *

Recogida por los periódicos, en sus notas de sociedad, la noticia del próximo enlace de Brandon, su nombre, unido al de Monna, recorre el mundo entero en pocas horas.

Entre las muchas amistades del millonario que se enteran de la nueva boda, hay una joven, Alicia George, ex secretaria del moderno Barba-Azul, que se indigna más que ninguna.

Alicia, además de secretaria es mujer, y acaricia desde tiempo la ilusión de ser la octava esposa de Brandon, sino por amor, por el buen pique que ella sabe que el millonario paga mensualmente a sus siete esposas divorciadas...

A decir verdad, Alicia es una monada, y no sería de extrañar que Brandon se hubiese enamorado de ella.

Pero como en materia tan delicada suelen ocurrir tantas anomalías, el caso era que Brandon no había sentido jamás el menor interés por Alicia.

Para estar cerca de su antiguo jefe, Alicia se hospeda en el mismo hotel; y ocurre que el millonario tiene un encuentro con ella yendo con Monna.

Sepárase Brandon de su amada, y saluda aparte a Alicia, cuyos servicios fueron en todo momento satisfactorios.

—¡Qué sorpresa, *mister* Brandon! He venido a pasar una temporada, para descansar... ¿Y usted? ¿Permanecerá aún muchos días aquí...?—le dice ella, cariñosamente, deseando darle a entender que desea verle con frecuencia...

Brandon contesta con evasivas, y saludando de nuevo a su ex empleada, disculpase de tener que dejarla.

—Con permiso de usted... Mi novia me está esperando.

Alicia contempla como Brandon se reúne con Monna, y al ver a la que va a ser octava esposa del yanqui, reconoce que, en realidad, es una belleza que supera la suya... es decir, una peligrosa rival...

En la terraza del hotel, el Marqués y su yerno el Lord conversan a propósito del matrimonio de Monna.

Por casualidad, Alicia sorprende su plática.

—Es indudable que Brandon es una bellísima persona, y que ama a Monna como un colegial—dice el suegro, complacido.

—Debemos alegrarnos todos del poder que tiene mi cuñadita... Si Monna no se entera de lo de las siete mujeres antes del viernes, vamos a tener un millonario en la familia.

—Es de esperar que no se enterará de nada. Menos mal que Brandon ha querido que la boda se celebre aprisa. ¡Qué carácter el suyo! ¡Sería capaz de convertir en lince a las tortugas más cachazudas!

El Lord celebra con risotadas la ocurrencia de su suegro, pero lo que en realidad le causa regocijo es el apoyo que encontrará en breve en su "simpatico" cuñado...

Alicia se entera, pues, de que Monna ignora que Brandon ha contraído ya estado, y por siete veces. ¿No sería oportuno enterarla antes del día de la ceremonia, para que ella pudiese, a la corta o a la larga, ocupar su lugar en las preferencias del millonario?

En un carnet, Alicia tiene apuntada la dirección de las siete mujeres divorciadas de Brandon, con el correspondiente suel-

do mensual asignado a cada una de ellas. Ha conservado esas notas de cuando era secretaria de aquél. Mandando un telegrama a cada una de las siete esposas, citándolas urgentemente en el hotel, es seguro que, con su presencia, impedirán la octava boda, pues Monna no tendrá más remedio que enterarse de todo.

Brandon procura demostrar a cada instante a su amada el gran amor que la une ya a ella, y Monna, a su vez, considérase muy feliz pensando en su enlace con él.

Para el millonario, Monna es el ideal; y para la joven, Brandon encarna el hombre soñado: galante, distinguido y con verdadero carácter varonil.

Mientras Alicia, llevada de su deseo de desbancar a Monna y también de su despecho por no haber sido aún galanteada por Brandon, manda los telegramas a las siete esposas divorciadas, el millonario, estrechamente cogido del brazo de Monna, pasea por el jardín del hotel, diciéndole:

—A pesar de mi rudeza, veo que comienzas a comprenderme mejor, Monna.

Ella oprime ligeramente la mano de su prometido, y le mira con dulzura.

Brandon siente la necesidad de compa-

rar el pasado con el presente, para halagar a Monna, y le susurra:

—Monna, he estado casado antes...

Una sacudida obliga a la joven a detenerse. ¿Cuándo?

—...pero nunca he sabido lo que era el amor hasta que te conocí a ti.

Monna cree en Brandon, y su confesión se le antoja un desengaño de amor con otra mujer, enorgulleciéndose para sus adentros de ser, según el amado, la única que puede hacerle feliz. Lejos está de suponer que lo que ha querido decirle el yanqui es que ha tenido ya siete mujeres.

Y como el tiempo corre, lo mismo para los americanos que para los europeos, llega el momento de la gran aventura sin que Monna sepa una palabra de lo de las siete que le han precedido.

Está divina con el atavío nupcial. Las mujeres le envidian, y los hombres la admiran, pensando en que para sí quisieran la suerte de Brandon.

Alicia había estado esperando toda la mañana la llegada de las siete esposas divorciadas: pero no había llegado ninguna.

Si no llegaban en el último tren, todo estaba perdido.

La hora de la ceremonia se acerca a pasos agigantados. Intranquila, Alicia pregunta en la administración del hotel si ha llegado el último tren de la mañana. Le contestan negativamente. Dicho tren ha sufrido retraso.

Y la boda se celebra, quedando unidos legalmente Monna y Brandon, que se besan con verdadero amor.

El Marqués y su yerno el Lord rebosan de contento, y las dos hermanas no caben en sí de felicidad.

En un rincón, Alicia maldice su suerte, y lanza, íntimamente, denuestos contra el desconocido maquinista del tren que, a buen seguro, conduce, ya sin efecto, a las siete mujeres divorciadas citadas por ella para impedir la octava boda.

Apenas celebrada la ceremonia, el *auto* del hotel se detiene a la puerta del mismo, y de él se apean las siete aludidas mujeres, que entran precipitadamente en el establecimiento.

Brandon y Monna, a la cabeza de la comitiva, se disponen a trasladarse a un salón donde ha sido preparado un lunch

de honor, y las siete mujeres, con gran contento de Alicia por espíritu de venganza nada más, reconocen a su ex marido, y una por una le saludan y le hacen objeto de cariñosas demostraciones de gratitud.

Esforzándose por sobreponerse al desconcierto que le ha causado la aparición de sus siete anteriores esposas, Brandon dice a Monna:

—Querida mía, permíteme que te presente a mi esposa divorciada...

Monna no se inmuta. Sabe que Brandon se casó antes, y hasta encuentra cierta curiosidad en conocer a su primera esposa, por intento de comparación.

Pero como las siete mujeres se presentan a la vez, se ve obligada a preguntar a su marido:

—¿Cuál de ellas era tu esposa?

—Todas lo han sido.

—¿Qué...? ¿Te casaste siete veces?

—Pero...

—¡Aparta!

Se aleja hacia sus habitaciones, roja de sofocación. ¡Oh, qué engaño! ¿Quién era Brandon, sino un hombre caprichoso?

¡Y ella que había creído que ella era la única mujer que él había amado!

A su turbada mente acude el recuerdo del legendario Barba-Azul, y se horroriza.



A su turbada mente acude el recuerdo del legendario Barba-Azul, y se horroriza.

Brandon trata de seguirla, pero sus anteriores mujeres le rodean, y una de ellas le pregunta, inconsciente del daño que han causado a otra mujer:

—Supongo que me mandaste el telegra-

ma para invitarme a tu boda... ¿Por qué no me esperaste?

Las otras, aunque sin hablar, le dicen lo mismo.

Las siete mujeres, a juzgar por su desenfado, casaron con Brandon por el interés y no le guardan rencor por haberlas luego abandonado legalmente, ya que les pasa una buena renta...

Tan pronto puede librarse de sus importunas ex compañeras, Brandon corre a reunirse con su verdadera esposa, y le suplica que le escuche.

—Monna, yo creía que lo sabías... No te fijes en mi pasado, lleno de errores... Esta vez estoy seguro de que...

—Tan seguro como las otras siete veces... ¿no es eso?

—No, Monna, no... Deseo que me des la oportunidad de demostrarte que te quiero... que tú eres la mujer que llena por entero mi corazón...

—Basta. No hablemos más. Habíamos convenido que, apenas casados, nos marcharíamos a Egipto para pasar en él nuestra luna de miel. Pues bien: partiremos cuando me hayas demostrado lo que tú dices. Entretanto...

Con un gesto le indica que no se acerque a ella... que la respete...



—Monna, yo creía que lo sabías... No te fijes en mi pasado...

Penoso resulta para Brandon someterse a la exigencia de su octava esposa, pero por amor se humilla.

Mientras, el Marqués y su yerno y Luciana, pasaban un mal rato...

* * *

Al cabo de unas cuantas semanas de residencia en la casa que Brandon ha comprado en París, Monna somete a su marido a duras pruebas para tener la seguridad de que la quiere.

Un día, al despedirse, como de costumbre, de ella, el millonario le dice:

—Con esta van cuarenta y ocho mañanas que te pregunto lo mismo... ¿Quieres darme un beso antes de ir a la oficina?

Monna se halla en el hueco circular de la parte superior de la puerta de su habitación, que hace las veces de mirilla. Se despiden siempre de esta manera; ella desde detrás de la puerta, y él suplicando con la mirada que se le permita alguna vez la entrada en el perfumado aposento...

El beso que suplica Brandon se dirige a los labios de ella; pero Monna, como de costumbre, aunque violentándose a sí misma, le ofrece la mano al tiempo que le replica:



—...Y yo hace cuarenta y ocho mañanas que te contesto lo mismo... No, Barba-Azul.

—...Y yo hace cuarenta y ocho mañanas que te contesto lo mismo... No, Barba-Azul.

Brandon calla y le besa la mano, po-

niendo en su beso ternuras infinitas. Luego, le pregunta:



Brandon calla y le besa la mano...

—¿Almorzarás hoy conmigo?

—Como quieras—le contesta ella, displicentemente.

—Te lo agradezco, Monna.

Al ir a marcharse, ve a un botones entregar a un criado un precioso ramo de flores para la señora.

Brandon quiere continuar su camino,

pero no puede. Las flores que recibe su esposa son motivo de celos y molestia para él. Retrocede y pregunta a Monna:

—¿Quién te las manda?

—Un amigo mío...



—¿Acaso no puedo mandarte yo todas las flores que quieras?

—¿Acaso no puedo mandarte yo todas las flores que quieras?—protesta.

—Sí... pero no lo haces.

Esta respuesta es una lección para el

yanqui, que sale precipitadamente de su casa.

Monna se ríe, y cogiendo la tarjeta que acompaña las flores, la rompe en varios pedazos, después de mirarla de un lado y otro, en blanco los dos. ¡Es un regalo que se ha hecho a sí misma, poniendo una tarjeta sin ningún escrito, para que su marido tenga celos y se lo demuestre!

Brandon, ya en la calle, se dirige a un floricultor y encarga para su esposa todas las flores, en canastillas o en ramos, que llenan la tienda.

—¿Todas?— pregunta, pasmado, el dueño.

—Todas— confirma Brandon.

Un poco después, en su oficina, en que su palabra es ley, el yanqui celebra consejo con sus altos empleados.

Uno de éstos opone reparos a una idea suya, y el millonario le ataja enérgicamente:

—No me diga que *no puede ser*... ¡*No puede ser!*... ¡Tres palabras que no existen en mi diccionario!

El empleado se ve obligado a agachar las orejas, y en tal momento suena el timbre del teléfono de la mesa de Brandon.

—¿Quién es?

—Soy yo, tu esposa... Ahora me acuerdo de que tengo una cita y no podré almorzar contigo... ¡No puede ser!— le dice Monna para mortificarle con celos.

Brandon se exalta, y responde:

—Monna, no quiero que me digas que *no puede ser*.

La dura contestación de su esposo sorprende a Monna, que está acostumbrada y más dispuesta que nunca a hacer su voluntad con él; y repícale gritando:

—¡No puede ser!... ¡No puede ser!... ¡No puede ser!... ¡No puede ser!...

Y Brandon tiene que tragarse el "no puede ser"...

Al poco rato, una docena de botones llegan a la casa del millonario para llevarle a Monna las flores por él adquiridas en su obsequio.

La fineza de su marido le hace olvidar el pequeño roce habido por teléfono, y vuelve a comunicarse con él por hilo.

—Gracias, Barba-Azul—le dice.

Y Brandon respira de satisfacción.

* * *

Al cabo de otro mes, Monna se convence de que su esposo la ama... Como una discreta alusión a su proyectado viaje de luna de miel, invita a sus amigos a una fiesta egipcia...

No se ha olvidado el menor detalle. Los esclavos egipcios parecen legítimos, y las danzadoras visten impecablemente.

Los invitados, muy numerosos, presencian el espectáculo con agrado.

De pronto en la escena se produce gran revuelo, y llegan dos esclavos con un sarcófago en sus hombros.

Ante la selecta concurrencia descubren el ataúd y aparece una momia.

Uno de los invitados comenta:

— ¡Qué ingeniosa es Monna! ¡Aprovecharse del descubrimiento de la tumba de Tut-ank-amen para una fiesta!

Brandon no está para fiestas. Sus mira-

das buscan a Monna, ajeno de que ella es la propia momia que acaba de ser sa-



Ante la selecta concurrencia descubren el ataúd y aparece una momia.

cada del lecho milenario y que está allí, en pie, esperando que la despojen de las gasas, para accionar con libertad.

Las bailarinas trenzan caprichosas danzas alrededor de la momia, a medida que



Sus miradas buscan a Monna, ajeno de que ella es la propia momia...

la desenfundan de las gasas que han conservado desde tiempo inmemorial su cuerpo; y al quedar libre, aparece la radiante

belleza de la verdadera Monna, lujosamente vestida de bailarina egipcia.



aparece la radiante belleza de la verdadera Monna.

Brandon se da cuenta, al fin, de que la heroína de la fiesta es su mujer, y su pasión hacia ella desborda en su pecho fuerte y avezado a todas las aventuras. Cada vez es más poderoso el afán de vencerla en sus brazos, sedientos de sus caricias.

Decidida a ser indulgente con su marido, puesto que no puede negarse a sí misma que ella también le quiere, Monna aprovecha la circunstancia de haber en los jardines de su casa un pabellón en el que una profetisa lee el porvenir de los que quieran consultarla, ocupa el lugar de la adivina y encarga a alguien que convenza a Brandon a que entre en el pabellón para que le digan la buena ventura.

El millonario, pensando en Monna y aun sin ser necio, en la posibilidad de que le digan algo acerca de ella para el futuro, entra en la mansión de la adivina, que no es otra que Monna, y por la abertura practicada adrede en la cortina que separa al consultor de la profetisa, introduce una mano, de la que se apodera Monna, en cuyas rayas lee ésta, esforzándose por ahogar su risa:

— Por el camino de la vida ha encontrado usted muchas mujeres... Pero yo sé que sólo quiere usted a una... Es usted muy afortunado, porque ella también le quiere a usted.

Brandon, sin reconocer la voz contra-

hecha de Monna, se sorprende, se alegra y dice a la profetisa:



— *Es usted muy afortunado, porque ella también le quiere a usted.*

— Debe usted ser, en realidad, adivina, porque de lo contrario no sabría todo esto.

— Soy la única mujer que lo sabe — replica Monna.

Brandon acaba de tener sospechas, y atrayendo hacia sí la mano de la adivina,

ve en uno de sus dedos el anillo de boda regalado a Monna, y obtiene la confirmación de que es ella.

Pero Monna ha huido rápidamente, perdiéndose en el jardín; y al alcanzarla en el *buffet*, Brandon, irresoluto, dominado aún por la emoción, la contempla con adoración, preguntándose si es verdad o mentira lo que le ha estado sucediendo.

Monna corresponde a sus miradas, y maliciosamente le pregunta:

—¿No te predijo la adivina un porvenir espléndido?

Brandon se acerca a ella, y endulzando cuanto puede su voz, murmura:

—Tan espléndido que me resisto a creer en él.

Monna le mira, hace un mohín, y añade:

—Debes creer en él; si crees, será verdad.

No le cabe ya duda al millonario de que, por fin, su esposa ha hecho pacto de sumisión en aras de su mutuo amor; y su dicha no conoce límite.

Durante el resto de la noche, Monna agasaja a sus invitados, y Brandon espera con impaciencia que éstos se marchen, deseoso de confirmar sus esperanzas...

Al quedar solos los esposos, Brandon se aproxima a su esposa, besándola con los ojos; mas ella, al tenerle junto a sí, se aleja lentamente, invitándole a seguirla.



—¿No te predijo la adivina un porvenir espléndido?

Brandon obedece, fija sus miradas en los anhelados labios de su mujer; pero Monna, al llegar él al pie de la escalera de las habitaciones particulares, se detiene en uno de los peldaños, y apoyán-

dose en la barandilla, se le inclina con ademán de ofrecerle su boca...

Brandon siente que su corazón late con impaciencia, y al acercar sus labios a los de ella sufre el brusco desencanto de verla huir riéndose.

Cree que es víctima de un juego cruel, que jamás será otra cosa que diversión, y exasperado, renaciendo en él su brioso temperamento, toma una inquebrantable decisión.

Monna, en su aposento, ha cambiado ya de ropas, y se perfuma los labios prometiéndose horas ansiadas de felicidad con su marido, al que ha vencido y del que se declara vencida...

Ella ignora lo equivocado que está Brandon respecto a sus coquetterías, y su sorpresa al verle presentarse en su habitación con los ojos encendidos y rudo ademán, no es para descrita. Toda su ilusión se derrumba estrepitosamente al tener el convencimiento de que su marido llega con exigencias en lugar de amorosas súplicas.

En efecto, Brandon, cerrando la puerta, exclama, yendo hacia ella:

—¡Ya hace demasiado tiempo que me estás engañando!

Monna se revuelve, y apartándose de su marido, dice enérgicamente:



... y se perfuma los labios prometiéndose horas ansiadas de felicidad con su marido...

—¡Por poco creo que realmente me quieres!... ¡Cuánto me alegro de haber abierto los ojos a tiempo! ¡Sal de mi habitación!

Brandon está desconocido. Su mujer es suya, y lo va a demostrar.

—¡Me marcharé cuando quiera! ¡Ten en cuenta que soy tu marido!—le responde.

Ella le huye, y llega a amenazarle; y serenándose antes de cometer una barbaridad, Brandon decide retirarse; y en el quicio de la puerta, manifiesta a su esposa:

—¡Me veré obligado a pedir la nulidad de nuestro matrimonio!

—¡Me alegraré de ello infinitamente!

La respuesta de Monna choca con su orgullo, y rectifica:

—Lo he pensado mejor... Cuanto más trabajo me cuesta conseguir una cosa, más me empeño en poseerla... Continuaremos casados.

—¡No! ¡De ninguna manera!

—¡Sí!... ¡Continuaremos casados!

* * *

Durante varios días, Monna lucha entre el amor que siente hacia su esposo y el deseo de no darse tan pronto por vencida después de la escena violenta sostenida con él... Y al fin triunfa su orgullo.

Brandon se pasea silenciosamente por el *hall* de la casa. No quiere ver a nadie. La soledad es un alivio para su tristeza.

Monna se dispone a salir, y al tropezar con él cerca de la puerta, esquiva el darle ninguna satisfacción.

Brandon le pregunta:

—¿Estaría de más que me dijese a dónde vas?

—A pasear un rato.

—Yo iré contigo.

—Espero que no insistirás cuando sepas que no quiero que me acompañes.

Brandon había encargado ya a su criado el abrigo y el sombrero; y no atrevién-

dose a enojar a su esposa, desiste de salir con ella.

Las horas de la noche transcurren lentamente.

El yanqui espera con impaciencia a su esposa.

En realidad, Monna no ha hecho más que salir al jardín de la casa, simular que subía al automóvil, y volver a entrar por una puerta trasera, metiéndose en la cama sin que lo sospeche su marido, con la complicidad de su doncella Fanchon.

Así, llegan las cinco de la mañana. La criada, obedeciendo instrucciones suyas, despierta a su señora; y Monna vuelve a subir al automóvil, se apea frente a la puerta principal, y entra en la casa.

Brandon, que no ha conciliado el sueño un solo momento, oye el rumor de la puerta, enfrentándose con su esposa.

Esto es lo que quería Monna.

Creyendo que su mujer regresa de divertirse, pues buen cuidado ha tenido ella de aparecer un poco despeinada y con rostro cansado, Brandon, atormentado por las sospechas, le pregunta severamente:

—¿De dónde vienes?

—De la calle.

Le franquea el paso, y ya en la casa, prosigue con más vehemencia todavía:



—¿De dónde vienes?

—Vas a decirme ahora mismo de dónde vienes... y con quién has estado... o si no...

—¿O si no pedirás el divorcio! ¿No es

verdad, Barba-Azul? ¡Me colgarás, como a las otras esposas, en la cámara de los tormentos!

—¡No; no pediré el divorcio! ¡Sólo hay una cosa que me obligaría a pedirlo!

Monna se goza en la desesperación de Brandon, porque ella le demuestra cuánto la quiere; e insiste, probando temerariamente ese amor:

—¿Y si te dijese que...?

El yanqui contempla, a través de su dolor, a Monna, y replica, rechazando las insinuaciones que le hace:

—No te creería... Tus ojos te delatarían... No lo creería nunca, a menos que tuviese la prueba.

* * *

A medida que transcurren los días, Brandon comprende que el vacío que existe entre él y Monna se hace más grande... Un nuevo factor viene a complicar la situación... Constantemente llegan a su oficina cartas anónimas que acusan a su esposa.

Acaba de recibir una de ellas.

—¡Otra de estas malditas cartas! ¿No llegará usted nunca a saber quién las manda?—reprocha a su secretario.

Este responde, pesándole hacerlo:

—Ya lo hemos averiguado... Es su misma esposa.

Brandon reflexiona unos momentos, tras de los cuales telefona a su esposa.

—Acabo de recibir una carta que me obliga a salir de la ciudad por unos días... Esta noche no me esperes.

Monna se felicita por el resultado de sus anónimos, y se prepara a jugar una partida desastrosa a su marido.

—Fanchon, llame a Alberto de Marceau... Dígale que le espero a cenar en casa esta noche—ordena a su doncella.



... cenando, en su casa, con Alberto.

La orden es ejecutada, y al poco, Monna, resuelta a obligar a su marido a darse por vencido, a hacerle creer que no logrará jamás ser amado por ella, se decide a ju-

gar el todo por el todo, cenando, en su casa, con Alberto, su primo, que no ha faltado a la cita.

Un criado sirve la cena, y al terminar, quedan a solas Monna y Alberto.

El joven, ignorando lo que se propone Monna, bebe sin cesar, creyendo neciamente que Monna hace otro tanto; y, naturalmente, se embriaga.

De súbito, Fanchon irrumpe en la habitación donde han cenado los dos primos, y anuncia con pavoroso gesto:

—¡Señora, ahí viene el señor Brandon! ¡Acaba de apearse del auto!

Monna esperaba este resultado de su última carta anónima, pero ignora que su esposo sabe que es ella misma quien se la ha enviado.

Alberto no sabe va dónde pisa.

—¡Monna...! ¡Parece que tienes alas! —le dice viéndola ir de un lado para otro...

Luego, reflexionando sobre su situación, comenta:

—Monna, no me gusta estar aquí... No es decoroso.

Ella le obliga a callar y a seguirla, y tumbándolo en una cama, le dice:

—¡Ahora, quítate la ropa y métete ahí dentro!

Alberto, atóvito, exclama:

—¡Supongo que no querrás que me quede a dormir en tu casa!

—No me contradigas, Alberto... ¿No me has dicho mil veces que estabas dispuesto a morir por mí?

El muchacho se resigna.

—Bueno, Monna... Ya que te empeñas... Pero piensa en lo que me puede pasar. Si tu marido me encuentra aquí, es muy posible que él me haga morir por tí.

Ella no le contesta. Le obliga a desnudarse y le proporciona un pyjama de Brandon.

Luego ella se desnuda en parte, asombrándose Alberto a través de los humos de su borrachera.

—Monna, ¿qué estás haciendo?—inquire lleno de miedo, el muy bobo...

—Me estoy cambiando la ropa...—responde ella.

—¡Oh, esto es HORROROSO! ¡Esto es TERRIBLE!—exclama Alberto.

Y añade:

—¡Lo que aquí está pasando no es verdad!... ¡Es un sueño!

—¡Pobre Alberto! ¡Cuánto me apena tener que obligarte a hacer este papel!—dice para sí Monna.

El beodo sigue hablando solo:

—Ya sé que yo no estoy aquí... Pero si tu marido me encuentra aquí... ¡adiós, Alberto! Mira, será mejor que me marche a mi casa.

Se levanta, y se dispone a marcharse, Monna lo empuja de nuevo hacia la cama.

Brandon ya está en la casa, y al oír ruido, Alberto pregunta a su prima si hay ladrones.

—¡No, es mi marido!—responde ella, afectando alarmarse.

Ni que decir tiene que el pobre muchacho se arrebujó hasta la coronilla, para pasar desapercibido.

El yanqui se presenta ante Monna, no dándole a suponer que está enterado de que ella es la autora de las bromas de las cartas.

Al ver la mesa con dos cubiertos, le dice:

—¿Conque cena para dos? ¡Vaya, vaya! ¡Lo mismo que en los dramas!

Ella retrocede, y Brandon, buscando por

los rincones, pone de manifiesto la confianza que Monna le inspira.

—No hay duda de que eres ingeniosa... Pero lo que es a mí no me engañas tan fácilmente con tus comedias... ¿Dónde está tu padre?

Noblemente, supone que Monna ha cenado con el Marqués.

Ella no le contesta, y al llegar junto a la cama, Brandon observa debajo de sus ropas un cuerpo humano.

—¿Quién está en esa cama?—pregunta. Pero, pensando en que debe de ser la doncella, añade—: ¡Fanchon, salga de la cama en seguida! Su ama ya se ha convencido de que no me dejó engañar con sus bromas!

Pero quien aparece ante los asombrados ojos de Brandon es Alberto, que salta del lecho diciendo:

—¡Esto no son bromas!... ¡Es un sueño! ¡Ya sabía yo que acabaría de esta manera!

El yanqui se contiene a duras penas, y despide al primo de su mujer, que se tambalea:

—¡Pronto! ¡Salga de aquí antes de que le estrangule!

Alberto busca la puerta, y se va murmurando:

—¡También he soñado que me estrangulaban! ¡Todos mis sueños acaban de mala manera!

Quedan solos Monna y su esposo.

Brandon, mirándola indignado, exclama crispando las manos:

—¡No sé cómo me contengo...!

Sosteniendo sus miradas, Monna replica:

—Fué preciso correr este riesgo... ¿No pedías pruebas?

Es forzoso rendirse a la evidencia.

—Bien... Tengo pruebas. Me doy por vencido. Tú has ganado el divorcio—declara Brandon. Mas, a continuación, lamentase de esta suerte—: Monna, tú no sabes el mal que me has hecho. Has matado lo que yo más estimaba; mi fe en ti.

En la calle, a la que salió en pyjama, Alberto tropieza con un policía, después de haber asustado a varios pacíficos transeuntes, y es detenido.

Al ver al representante de la autoridad, el incauto primo le dice:

—Esto no es más que un sueño. También le he visto a usted en sueños...

—Pues acabará de soñar en la delegación, amigo—le responde el guardia, llevándosele consigo.

Brandon se decide a abandonar su hogar para no permanecer un minuto más en presencia de Monna. Su dolor es inconsolable. La derrota que ha sufrido en sus más caras ilusiones ha sido demasiado cruel.

Monna reconoce su culpa, no puede dudar de la adoración que Brandon ha sentido siempre hacia ella, y el recuerdo de la poderosa fe que jamás sufrió mella en su ánimo hasta presenciar una prueba tan agramadora, la anima a ser humilde para con el hombre amado, y le murmura cuando le ve dispuesto a marcharse:

—Juan, ¿no quieres despedirte de mí?

Estas palabras suenan en Brandon como la súplica de perdón por locuras del orgullo, y acercándose a ella, que no le huye, y apoderándose de su divino cuerpo, contempla sus miradas, y pronuncia bañado de felicidad:

—Monna, tus ojos me dicen que siempre has sido fiel. Ellos nunca mienten. ¿Cómo podría probarte lo mucho que te quiero...?

Ella rodea con sus brazos el cuello de su esposo, y estrechándose amorosamente contra su pecho, hasta juntar sus corazones, rumorea:

—Llevándome a Egipto en viaje de novios...

Luego la habitación queda a oscuras y dos sombras se buscan...

La fe, el más poderoso vínculo invisible, ha realizado el milagro.

FIN

COLECCION LISTED LOS
SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TITULOS SON
LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadia. — El triunfo de la mujer. — El prisionero de Zenda. — El joven Madardus. — Los enemigos de la mujer. — Una mujer de Paris. — El Corsario. — Para toda la vida. — Cyrano de Bergerac. — De mujer a mujer. — La Hermana Blanca. — El milagro de los lobos. — Paris. — Venganza de mujer.

Precio de cada libro:

UNA PESETA

Teresa de Ubervilles. — Maciste, Emperador. — Lirio entre espinas. — El que recibe el bofetón. — Rómulo. — Janice Meradilh. — El Fantasma de la Opera. — El trono vacante. — El Caid. — Madame Sans-Gêne. — America. — Cuando las mujeres aman. — El Capitán Blood. — Más fuertes que su amor. — Ella... — Demandadas mujeres. — Nobleza baturra. — Cenizas de odio. — El Raja de Dharmagar. — El difunto Matias Pascal. — La marca de fuego. — Los hijos de nadia. — Pescador de Islandia. — La octava esposa de Barba-Azul

Precio: **50 cts.**

Próximos números:

EL BESO DE LA VICTORIA, por Almd. S. Min. Girard.

JUSTICIA GITANA, por Dorothy Dalton.

LA POUPEE DE PARIS, maravilloso asunto.

36

